

Manuel Alberto Alonso

Conflicto armado y configuración regional.

El caso del Magdalena Medio

Medellín, Instituto de Estudios Políticos - Editorial Universidad de Antioquia,
1996

El reciente libro de Manuel Alberto Alonso sobre el Magdalena Medio se suma a una serie de estudios regionales que vienen trabajando el problema de la violencia desde esta perspectiva sustentada, básicamente, en la idea -que no deja de ser pertinente- de que Colombia es un país de regiones y, en consecuencia, es preciso mirar hacia ellas y desentrañar las formas específicas que allí asume.

El trabajo parte de una caracterización socio política de la región (capítulo 1), bastante bien lograda, y cuyo eje es la configuración de realidades regionales a partir de mecanismos de exclusión (espacios articulados y espacios marginales). Un elemento que vale la pena resaltar es la atención puesta a los factores culturales en el proceso de configuración y caracterización de la región; la pertinencia de definir las regiones a partir también de "su imagen sobre ellas mismas". Abordar la exclusión a partir de la ausencia de un sentido de pertenencia colectiva que supone la articulación social a partir del cúmulo de significaciones agrupadas en torno a una serie de creencias, prácticas, valores, mitos, tradiciones, etc. Con todo, las reflexiones al respecto plantean algunos problemas no siempre fáciles de resolver -y que aparecerán recurrentemente en todo el análisis-. Me refiero a que no queda muy claro si por los rasgos específicos de la región, el Magdalena Medio es una región sin identidad "(...) una mezcla que no ha dado como resultado una cultura propia, ni una identidad definida" (p.19) o con una "identidad construida en la resistencia, la supervivencia y la confrontación" (Introducción).

Los capítulos 2 y 5 merecen particular atención. En ellos se desarrollan los ejes teóricos que van a estructurar el análisis del conflicto en la región. Y es,

LIBROS

justamente, en este terreno donde el libro avanza elementos de reflexión. Con el título **La sociedad, lo social y el Estado**, el capítulo 2 recoge los elementos que constituyen el hilo conductor de todo el análisis. En él está ampliamente desarrollada la perspectiva teórico metodológica del análisis y, a mi modo de ver, sus mayores logros. Un primer elemento es el de los regímenes políticos inclusivos y exclusivos para ubicar al régimen político colombiano entre los últimos, que tienden a “colocar a un amplio grupo de individuos por fuera del orden normativo, legítimamente constituido, produciendo la marginalización social, política y espacial del país”. Un segundo elemento fundamental y que va a mantenerse durante todo el análisis como un eje es el que se construye a partir de las categorías de Benjamin Arditi con las cuales pretende establecerse una diferenciación (no siempre muy afortunada) entre esos espacios articulados (la sociedad) y los espacios marginales (lo social).

Dos son las consideraciones que permiten cuestionar la pertinencia de estas categorías para definir esos procesos. La primera es que si bien en sus inicios la diferenciación permite trazar fronteras claras entre ambos espacios: la sociedad y lo social -donde **la sociedad** definiría las regiones integradas, con un orden institucional constituido y una sociedad civil articulada y **lo social** las regiones periféricas, marginales, el espacio de lo parainstitucional y lo contraestatal-, ellas se van diluyendo a medida que el análisis avanza. Esto obliga al autor, en el análisis concreto, a la utilización de conceptos que no respetan la diferenciación previamente establecida. Es el caso de conceptos como el de “cuerpo social” (p. 53) (¿La sociedad? ¿Lo social?) o “formación social” (¿La sociedad? ¿Lo social?) o a hablar de lo social “real” (p. 61).

Una segunda objeción a la utilización de estos conceptos radica en los términos mismos: los dos tienen un nivel de generalidad amplísimo que dificulta su utilización en determinados contextos sobre todo cuando -como en este caso- intenta con ellos definirse realidades muy específicas. Pese a esto el esfuerzo por apelar a categorías o esquemas de análisis que rebasan los marcos explicativos existentes sobre la violencia no es poca cosa. Otra objeción con relación ya al contenido mismo de los conceptos es la que tiene que ver con afirmaciones que bien valdría la pena matizar. Cuando lo social se define como “el lenguaje cotidiano, la organización de la experiencia, es decir, el mundo de la vida” (p. 48), parecería que toda forma

de regulación, canalización, institucionalización, de prácticas sociales "mataría la vida". Un poco mas adelante, sin embargo, van a aparecer algunas "callejuelas de vida cotidiana" también en **la sociedad** (p. 61). De no ser así, y teniendo presente que "la gobernabilidad se define por la capacidad del sistema político para potenciar la transformación de lo social en sociedad, es decir, por su capacidad para institucionalizar lo desinstitucionalizado" (p. 49), no podría entenderse la tesis según la cual habría que hacer el esfuerzo por fortalecer mecanismos de regulación, canalización y mediación de conflictos inherentes a la sociedad, es decir, el esfuerzo por lograr la gobernabilidad.

Con respecto a la dinámica del conflicto en la región, el capítulo 3 titulado **Del conflicto a la violencia**, está bastante bien logrado. Partiendo de una ubicación de los 4 conflictos claves: a) el conflicto agrario, b) el conflicto obrero - patronal, c) el conflicto político -institucional y d) el conflicto social-urbano, y teniendo como eje teórico el desplazamiento **de la dimensión conflicto a la dimensión contradicción** (cfr. A. Vargas y G.Bajoit) el autor logra una buena descripción analítica de la dinámica que asumen estos procesos en la región, fundamentalmente a partir de la configuración de los actores y el entrecruzamiento de lógicas que tienen en común un enorme recurso a la fuerza y a la violencia. Los actores armados -predominantes en la región- van a ser abordados con profundidad en el capítulo 4. Con respecto a la caracterización que se hace de los actores armados es interesante la apreciación de la guerrilla como "forma de vida" (p. 125). Apreciación que, sin embargo, no se explora suficientemente. En este sentido la cita de Alape resulta un tanto "vieja" (1985) con relación a lo que sobre el tema se ha escrito más recientemente. Igualmente, y aún cuando es señalado por el autor, es bastante problemático hablar de **La guerrilla** como globalidad. El título "Región y violencia" no da mucha cuenta del material del capítulo, hubiera servido más bien al conjunto del análisis.

La pervivencia de estos conflictos en la región desde sus orígenes, ha terminado por producir una militarización de la vida social y política (capítulo 5) por "la supremacía de actores armados en las tres esferas: el Estado, la sociedad, lo social" (...) o, lo que es lo mismo, por la "recurrente preponderancia del ámbito militar sobre el ámbito político y el ámbito jurídico" donde "la guerra tiende a dominar el resto de las lógicas sociales"(p. 156). Todo esto ha conducido -y ésta

LIBROS

señalado con mucha pertinencia- al afianzamiento de una **cultura militarista**, es decir, un “lugar” donde “lo militar es el componente determinante de la *semiosis* de la sociedad, esto es, de la producción de sentidos”(p.169). Un “lugar” donde a falta de identidades políticas y sociales democráticas, se asienta “una cultura de choques, resistencias y negaciones” (p.169). Un “lugar” donde la violencia termina por constituirse en “un mundo instituido de sentido para lo regional”. Y que vuelve a poner sobre el tapete el problema, no resuelto, de falta de “identidades” o de su construcción a partir de la guerra. Es también un capítulo rico teóricamente. Con todo, hubiera sido deseable avanzar nuevos elementos de reflexión en este sentido fundamentalmente porque no sobra insistir en la importancia de los referentes culturales al interior de una sociedad que ha hecho de la fuerza y la violencia su referente obligado para el manejo y la resolución de sus inherentes y múltiples conflictos. Profundizar en esta perspectiva abriría, sin duda, vías para explorar el problema de las “identidades culturales” en la región.

Finalmente, el capítulo 6 avanza algunas hipótesis tendientes todas a revertir la lógica de guerra imperante en la región: reelaboración del tejido social a partir de la construcción de un *ethos* ciudadano, la búsqueda de un nuevo mundo instituido de sentido, una nueva cultura política y un nueva institucionalidad, etc. Si bien teóricamente son bastante consistentes con relación al análisis precedente, bien valdría la pena preguntarse por su viabilidad en este momento y en ese contexto cultural.

Elsa Blair Trujillo
Investigadora del Instituto de Estudios Políticos
Universidad de Antioquia